

2. Los hechos

2.2

Chimbángueles, tamunangues y otros golpes

Santiago Arconada Rodríguez

—Se oyen tiros por La Carlota— musitó una voz por el teléfono. Así empezó aquella madrugada de telenovela brasileña que todo el mundo esperaba pero que nadie se la creía cuando se volvió tiros. Ruidos de pólvora estallando.

—Yo te lo dije— respondí por decir algo. —Que y que golpe está diciendo Radio Rumbos—

¡Qué vaina!, ¿no?

Tranqué y seguí durmiendo el tiempo suficiente para recordar los días de octubre y noviembre del año pasado, cuando quien no sabía del golpe no estaba verdaderamente en nada. En esta democracia de la habladera, hablar del golpe empezó siendo lo propio y terminó siendo "lo chimbo" en cosa de pocas semanas. Hasta el Comité Nacional de Copei discutió el asunto. Preguntado por los periodistas de Miraflores al respecto; CAP respondió que él era un hombre pragmático que lo tenía todo bajo control.

En aquel entonces, en todas las esquinas en las que uno conversa, ya que esta democracia sólo permite conversar por las esquinas; yo me opuse al golpe. Al golpe como concepto político y a ese golpe concreto de militares nacionalistas descontentos por la situación del país. También me opuse al supuesto golpe de Pedro Tinoco, tesis sustentada por algunos golpólogos. A mí no me sacaba nadie de que golpe era golpe, y que por eso era malo. Por supuesto que se llegó hasta a pensar que yo era un poco bastante cobarde. Bendije en el sitio mi cobardía que no tiene un solo muerto a sus espaldas, y seguí pensando que no había mayor audacia que la de seguir creyendo que uno era dominado por una dominación distinta, transnacional, planetaria. Una dominación que no se derrotaba con tiros, no sólo porque los tiros siempre matan y son por lo tanto malos, sino porque ella, la dominación era la que tenía la fábrica del parque.

¿Había de nuevo tiros en la patria de Bolívar? No. Tiros hay todos los días. Tenemos tiempo bajo una insomne nube de plomo que los fines de semana cobra

proporciones de asonada sangrienta del dolor.

Los tiros de La Carlota tenían de malo eso: que seguían siendo tiros. Ya podían venir rezando el padrenuestro.

Sintonizamos Radio Rumbos y comenzó una historia que todavía me parece difícil de creer.

El contradictorio mensaje radial del Presidente, quien dijo que el movimiento sedicioso estaba derrotado y que seguían resistiendo, que se despidió tres veces anunciando mensajes para la mañana y aún dentro de pocos minutos, confirmó la sensación de golpe que meses de habladera no habían podido consolidar. Encendimos la televisión. El mensaje televisado era aún más débil y precario. Había golpe.

La guerra se libró en dos escenarios:

El escenario militar y el escenario de la información.

En el terreno militar: restringido a doce batallones de un ejército de ciento veinte y a las ciudades de Caracas, Maracay, Valencia y Maracaibo, el golpe con todo su saldo de víctimas no llegó a las veinticuatro horas y ya está derrotado.

En el terreno de la información la guerra está en pleno desarrollo y nada está dicho todavía, porque todo se está diciendo y ya se dijo tanto que es poco probable que tengan fuerza para hacernos callar.

Cuando por la mañana, después de intensos tiroteos, bombas, granadas, morteros y cohetes; Carlos Andrés Pérez transmitió desde Miraflores, con el Ministro del Interior y el Ministro de la Defensa a su lado, para decirle al país que en Caracas ya se había controlado la situación y que sólo quedaban alzados reductos en Valencia y Maracaibo, que todos los partidos defendían al gobierno y enfrentaban la intenciona; se había ganado el primer round de la guerra informativa. Ya había declarado media humanidad repudiando el alzamiento. Nada se decía de las numerosas llamadas telefónicas de apoyo a la rebelión militar hechas a emisoras de radio y televisión. Sólo después de las once dijeron que los estudiantes de la Universi-

dad se habían sumado, en Valencia, a la revuelta. Como a las ocho salí a comprar la prensa. Pequeñas colas en los abastos. ¿Miedo? Sí, pero con rabia. Miedo y rabia: mala mezcla. ¿Cuando empezaron las imágenes? Aquel tanque trepando las escaleras, aquellos soldados imberbes tratando de entender de qué lado estaban aquella madrugada.

Como a las diez salí para Santa Ana. No podía creer que fuese Martes. Algo grave pasaba y había vacación dominical. Subiendo al barrio, vi mesas de dominó y cervezas. Mucha gente pegada del televisor con ojos apesadumbrados, como diciendo ¿qué será verdad de eso que están diciendo? ¿qué será lo que está pasando? Nadie creía nada, nadie apostaba nada, cosa rara. - ¿Qué sabes tú, qué se yo? - Eso era lo que se decía.

Como a las doce del mediodía, alguien que llamó la atención del pueblo por su don de mando sin adornos ni alamares, de pantalón y camisa kaki sin insignias, el nada menos vice almirante Elías Daniels Hernández, Inspector General de las FAN, presentó a la prensa al que llamó el Comandante Chávez.

Debía inferirse de ello, que el jefe de la insurrección militar ocurrida el 4 de febrero de 1992, era aquel timoto-cuica alto, fornido y de rostro hermético, quien con un aplomo impresionante supo medir en un difícil mensaje de rendición el peso de cada una de sus palabras.

Impidiendo de antemano a la prensa el derecho a hacer preguntas, el vice almirante Daniels Hernández llamó hacia adentro al teniente coronel de 37 años Hugo Chávez Frías, quien en los escasos segundos que estuvo en el aire tocó extraños lugares del sentir popular.

Ese señor no tenía cara de malo. Su rostro rezumaba rebeldía. Sus palabras daban chance a todo: "...pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre, ya es tiempo de reflexionar. Y vendrán nuevas situaciones. El país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor".

Salí para El Paraíso como a la una. En el barrio todo el mundo estaba en su casa. Algo vibraba en el aire. Algo denso pesaba.

Luisa me advirtió que Caldera había pedido la palabra y que estaba legislando. Efectivamente, costaba creer lo que ocurría. ¿Qué había pasado?

La sesión extraordinaria del Congreso Nacional convocada para condenar el golpe y aprobar el decreto de suspensión de las garantías constitucionales era el segundo round de una pelea que el gobierno había creído derrotar al filo de la mañana a punta de mensajes constitucionales. Nadie imaginaba que en el apreta-

do aire de la sesión conjunta del Congreso de la República, bajo la mirada de cámaras de todo el mundo que habían ido a constatar la unanimidad en el apego al sistema democrático, el Dr. Rafael Caldera le iba a abrir al país entero la oportunidad de un debate dado, y no prometido, sobre los verdaderos problemas de nuestra democracia. Explicó que no votaba el texto del acuerdo de la comisión de mesa, no por estar en desacuerdo con el fondo -la suspensión de las garantías- sino porque había expresado reservas que tenía necesidad de hacer públicas. Con su sola disidencia, Caldera rompió un abominable quórum para un acuerdo insulso e insultante que obviaba la realidad, que la desconocía. No voy a comentar una intervención cuya emoción todavía me dura por riesgo a no ser frío en el análisis. Debo decir tan sólo que me sentí profundamente representado por alguien a quien le había profesado un riguroso desacuerdo, alguien contra quien había combatido. Caldera para mí, ese día, se graduó de senador vitalicio, representante del pueblo; exhaló en el Congreso una gran indignación popular.

David Morales Bello reviró. Salió a rayar a Caldera de golpista y no sabía cómo empezar. De tal modo, mientras organizaba en su cerebro el contraataque a Caldera quien le había lanzado un SCUD a Miraflores, echó el cuento no de un golpe de estado para tomar el poder como el que los adecos le dieron a Isaías Medina Angarita, sino de una componenda macabra para asesinar a Carlos Andrés Pérez. Morales Bello sabía que Caldera había hecho suyo un descontento que sonaba sordamente, como una alarma en el estacionamiento de un edificio, y se sabía en la responsabilidad de enfrentarlo pero no sabía cómo. Empezó a piropearlo de mente lúcida y terminó sacándole los ojos, llamándolo presunto aupador de madrugonazos, y exigiendo que se aprobara contundentemente en el Congreso la muerte para los golpistas. Perdido por la ira que no conseguía atenuar con los escuálidos y uniformados aplausos que lograba espolear de la bancada adeca, Morales Bello mostró cuán inmoral y feo es, reventando las tripas de su corazón, pidiendo a gritos la muerte para los golpistas, siendo que él es un enjundioso abogado que sabe suficientemente que la legislación venezolana no contempla la pena de muerte, porque cree en el derecho a la vida. Atrapados por la democracia que decían defender al suspender las garantías, aquella sesión del Congreso no tenía precedentes y tenía que seguir. El derecho de palabra concedido a Hilarión Cardozo tras la intervención de Morales Bello tenía oportunidad para ser

demoledor. Morales Bello, aparte de pésimo, había quedado en total flaqueza y debilidad. Por otra parte, el debate parlamentario tiene sus reglas y a Hilarión Cardozo "le salía" lavarle a Caldera la cara que Morales Bello no logró alcanzar por más que brincó. No lo hizo. En una intervención ni chicha ni limoná, en la que le recordó a los adecos su pasada afición al golpe de estado, dijo la posición de Copei sin mayor pena ni gloria. Recordó sí, en tono grave, que había que reflexionar en primer lugar por la pérdida de vidas. Más la afrenta de Morales Bello a Caldera seguía en pie.

Fue entonces cuando un maestro de escuela, diputado de La Causa R por el Distrito Federal, de nombre Aristóbulo Istúriz se metió en la Historia de Venezuela que yo le pienso contar a mis hijos y a mis nietos. Consciente de que sólo de vez en cuando la vida centraba la pelota, y de que se podía meter un insospechado gol transmitido a todo el mundo por las principales agencias noticiosas, Aristóbulo Istúriz reconoció públicamente que había cometido un error, que había caído en la trampa del consenso y que la intervención del Dr. Caldera lo había obligado a replantear su posición.

Señalándolo con el dedo dijo: "David Morales Bello, yo no zigzagueo." Y sabiendo que tenía que cumplir con una labor histórica de magisterio, transformando al Congreso en un aula de clase, se disparó una clase magistral.

Las imágenes se instalaban en la memoria como el cuadro de Miranda en La Carraca. Lívido, David Morales Bello se tapaba la boca. A su lado, Henry Ramos Allup se tapaba la nariz y se ajustaba la corbata mientras seguía el discurso de aquel maestró que hablaba de la demo-

2. Los hechos

cracia y el agua, de la democracia y la salud, de la democracia y el costo de la vida, de la democracia y la corrupción, de la democracia y esta creciente sensación de que lo único que está permitido hacer es votar. Aristóbulo Istúriz habló de la democracia y la imposibilidad de disentir, de expresar democráticamente desacuerdo. Para diferenciarse del golpe le bastó con reiterar su respeto por el derecho a la vida, cosa que ningún adeco diría con suficiente credibilidad. Culminó su intervención agradeciéndole al Dr. Caldera su llamado a la reflexión.

Seguía en el derecho de palabra José Rodríguez Iturbe. ¿Y el MAS?

¡Qué silencio el del MAS! La pieza oratoria de Rodríguez Iturbe fue más brillante que buena. Estuvo más destinada a menoscobar el vuelo de la intervención de Caldera, que a enfrentar a un Morales Bello, cuya intervención hacía naufragar la posición de AD. Recordándole a Aristóbulo Istúriz que Caldera es co-autor de la primera concertación política de largo alcance de la democracia, Rodríguez Iturbe fijó la posición oficial del Comité Nacional de Copei salvándola de estar a la cola de Morales Bello, pero distanciándose de ese Caldera difícil, que no entraba por el aro del consenso.

El representante del PCV bosquejó ese país de conflicto con los maestros, conflicto con los ancianos, conflictos con los barrios sin servicios, como contexto forzoso del análisis del golpe. El representante del MIN sacó el golfo a relucir y



2. LOS HECHOS

entonces nos cortaron el debate.

Aquel segundo round de la guerra informativa había sido aparatosamente perdido por el gobierno y por AD, quienes trataban de imponer un análisis de lo ocurrido en abierta actitud de jalar la brasa para su sardina, dejando fría y cruda la sardina del pueblo. La discusión sobre tanta información como la recibida aquella tarde se hacía indetenible.

Había dos posiciones claramente diferenciadas: la representada por David Morales Bello en su grito de Muerte a los golpistas, y la representada por Rafael Caldera, según la cual había que reconocer, había que admitir que lo que había pasado transcendía lo revelado por los pátes militares. Que el país había expresado una amarga confusión en la que, pasivo y temeroso, no salió a apoyar al golpe, ni a defender la democracia de RECADI, de las queridas mandando como generalas y financiadas con los dineros del pueblo, de la conchupancia y complicidad de jueces y magistrados, de la entrega total a los mandatos del Fondo Monetario Internacional, en fin, de esta democracia en que sobrevivimos.

El tercer round de la guerra informativa está pasando por debajo de la mesa y elementos centrales del debate democrático están siendo escamoteados.

Las reafirmaciones de fe democrática están a la orden del día. Los golpes de pecho se preparan en cínica avalancha.

Hoy la democracia venezolana, que no resolverá sus problemas de un día para otro, tiene una prueba en el camino. ¿Nos dejarán discutir nuestra situación, las causas de nuestro malestar? ¿Nos dejarán decir nuestra palabra? ¿O la democracia será apañarse sórdidamente alrededor del muerte a los golpistas exigido por David Morales Bello?

¿Podrá Hugo Chávez Frías y los otros comandantes de los militares rebeldes decir lo que querían hacer, explicar sus motivaciones, puntualizar sus apreciaciones? ¿Tendremos el derecho de escucharlos?

Si por ser responsables de la muerte de decenas de vidas humanas se les pretende condenar a la muerte del silencio, sería conveniente recordar que el gabinete económico del gobierno de Carlos Andrés Pérez ha condenado a muerte a una generación entera de niños venezolanos que no tomará la leche suficiente como para sobrevivir y no se les dice nada.

La muerte del Presidente

Arturo Sosa A.

El juicio a los militares responsables de la asonada determinará jurídicamente si hubo o no un magnicidio frustrado en la madrugada del 4 de febrero. De hecho el Presidente Carlos Andrés Pérez está vivo y en ejercicio de sus funciones. Sin embargo, desde la perspectiva política hubo una "muerte" del Presidente.

LA MUERTE DE SU PALABRA

Ante la protesta del 27 de febrero de 1989 el Presidente se excusó diciendo que era muy temprano para exigirle responsabilidades a un Gobierno que apenas estaba iniciando su gestión, que había que esperar los resultados de sus "ajustes", pues el deterioro que se experimentaba era consecuencia de las políticas que se estaban corrigiendo, y que los vaticinios sobre un descalabro social no tenían base alguna... Los "ajustes", por el contrario, lograrían darle un giro al proceso de deterioro para orientarlo definitivamente por una vía ascendente. Más aún, el Presidente apeló a toda la credibilidad que le da su investidura, además de su "sobrado" liderazgo político y "carisma" personal, para asegurar que se trataba de un "paquete de ajustes" necesario -única vía sobre la faz de la tierra- para el bien de la República.

El 4 de febrero esa excusa ya no vale. La palabra empeñada del Presidente no se cumplió. Los venezolanos de toda clase y condición hemos experimentado el golpe del empobrecimiento individual y colectivo. El Presidente nos repitió continuamente que esa era nuestra contribución al bien de la República, el "sacrificio" necesario para el éxito de las medidas de ajustes. Pusimos nuestra cuota de sacrificio impuesto más allá de lo es-

perado. Pero, no hemos visto la cuota de los demás. Se ha sido implacable en la baja de los salarios, en la eliminación de los subsidios, en el recorte de los recursos reales para la atención de la salud, la educación, los programas de vivienda, etc. Al mismo tiempo, todas las medidas tendientes a una efectiva redistribución de la riqueza, comenzando por la reforma tributaria, se han ido postergando indefinidamente. El "sacrificio" se ha convertido en mayor brecha de injusticia social. Mientras el común se ha empobrecido alarmantemente, unas pequeñas minorías se ha enriquecido sin siquiera contribuir con una pequeña parte de sus ganancias a los ingresos de un Estado incapaz de garantizar a su pueblo el mínimo vital necesario y cumplir la base del acuerdo constitucional en el que se funda la República. A esta situación más global puede añadirse el desparramo que algunos de los beneficiados con los ajustes exhiben su riqueza y la falta de pudor de funcionarios públicos en sus gastos habituales. De esta manera se contribuye a la muerte del Presidente.

LA MUERTE DE SU IMAGEN

La imagen que del Presidente Carlos Andrés Pérez teníamos todos los venezolanos se había ido deteriorando tanto que el 4 de febrero sólo significó publicar el acta de defunción. Lo que sí fue golpeado hasta la muerte fue la imagen que el Presidente tenía de sí mismo alimentada de la estima que según él gozaba en mandatarios y organismos internacionales.

Hemos oído hasta el cansancio que el Presidente es el máximo representante de la Nación y de su pueblo. Hemos visto repetidas veces cómo